

COMENTARIO

El África de los recursos naturales

Noviembre 2019
Isabelle Ramdoo

Este artículo ha sido reproducido con la autorización de [la Vanguardia](#), publicado originalmente [aquí](#).

África es sin duda el continente con mayores recursos naturales. Con una superficie de unos 30,3 millones de kilómetros cuadrados contando los espacios insulares, el continente cubre alrededor de un 6% de la superficie del mundo y una quinta parte de las tierras emergidas. Tiene en la actualidad 1.200 millones de habitantes, es decir, un 17% de la población mundial, distribuidos de manera desigual en 55 estados.

En general, presenta una densidad demográfica inferior a la media mundial, con unas 35 personas por kilómetro cuadrado, frente a la media global de 47 por kilómetro cuadrado. Esa cifra media es cuatro veces inferior a la de la Unión Europea, por ejemplo. Sin embargo, el crecimiento demográfico medio es muy elevado y, según las proyecciones, se espera que la población africana se haya duplicado en el 2050.

La riqueza de África se encuentra en su suelo. En efecto, el continente tiene un 24% de las tierras cultivables del mundo, pero sólo genera un 9% de la producción agrícola. La distribución de las tierras fértiles es desigual, con grandes zonas desérticas en la región del Sahel, y zonas húmedas y muy fértiles en torno a las cuencas hídricas y a lo largo de los principales ríos.

Algunos países no pueden explotar todas sus tierras, mientras que otros hacen grandes esfuerzos por cultivar productos básicos, lo que ha dado lugar en las pasadas décadas a episodios de hambruna extrema.

Aunque las tierras no han desplegado todavía todo su potencial, es con toda probabilidad en el subsuelo africano donde rebosan las riquezas. África posee ella sola más de sesenta tipos diferentes de minerales, y contiene un tercio de todas las reservas minerales del

mundo. Tiene, por ejemplo, un 90% de las reservas de platinoideas; un 80% del coltán; un 60% del cobalto; un 70% del tántalo; un 46% de las reservas de diamantes; y un 40% de reservas auríferas.

Por último, no hay que olvidar que el continente africano rebosa también de fuentes energéticas muy diversas y repartidas en zonas diferenciadas: abundantes energías fósiles (gas en el norte de África, petróleo en el golfo de Guinea y carbón en África austral), cuencas hidrográficas en el África central y yacimientos de uranio; luz solar en los países sahelianos; y capacidades geotérmicas en el África oriental.

Ahora bien, la paradoja reside en el hecho de que, aunque el continente es por sus recursos una potencia energética, en términos de consumo eléctrico es en realidad un pigmeo. La población africana equivale a alrededor de un 17% de la población mundial, pero sólo consume un 4% de la energía producida.

Para colmar este vacío y satisfacer las necesidades de una población en crecimiento, la demanda propia de energía debería aumentar hasta un 75% más en los próximos veinte años. Y esa ayuda contribuiría a estimular el crecimiento económico del continente.

Países ricos pero pueblos pobres: ¿existe una maldición de los recursos?

A pesar de todos los recursos naturales que posee en abundancia, el continente africano sigue siendo el más pobre del planeta, por más que existan significativas diferencias entre los países. En efecto, África impresiona por sus sorprendentes contrastes.



El continente genera unos ingresos enormes gracias a la explotación de sus recursos, y los grandes proyectos de inversión aportan miles de millones a los gobiernos de los países ricos en recursos. Sin embargo, según el Banco Mundial, un 40% de la población africana sigue viviendo por debajo del umbral de la pobreza, es decir, con menos de 2 dólares al día, cifra que sigue creciendo a pesar de los importantes progresos realizados en algunos países.

Todas esas riquezas no han permitido el auge económico del continente. Es preciso constatar que los grandes países productores de minerales son los menos diversificados en comparación con otros menos ricos como Mauricio y, más recientemente, como Etiopía, que ha realizado un notable despegue gracias al acento puesto en el sector manufacturero.

Esos grandes países que dependen de los recursos mineros son tributarios de esos ingresos, y sus economías son muy vulnerables a los ciclos de los precios de las materias primas, famosos por sus trayectorias aleatorias y cambiantes.

Algunos analistas sostienen que esas riquezas son, en realidad, una maldición que azota a los países africanos, ya que han sido causa frecuente de crisis y tensiones debido, sobre todo, a la corrupción y a las recurrentes crisis políticas vinculadas al deseo de controlar las riquezas y los oscuros contratos secretos conocidos únicamente por los jefes de Estado y las grandes empresas.

Según esos análisis, no es de extrañar que la explotación de los recursos naturales haya tenido muy escasa repercusión en la vida cotidiana de la población y, al contrario, que un pequeño puñado de personas cercanas al poder haya logrado aprovecharse de ellas para enriquecer a todos sus descendientes.

De todas maneras, hay que reconocer que, con las presiones ciudadanas en favor de una mayor equidad en la distribución de las riquezas y las crecientes demandas de mayor transparencia en la gestión de ingresos y contratos, a los gobiernos cada vez les resulta más difícil justificar el estancamiento económico y social.

Así pues, muchos países han tomado la decisión de poner en marcha amplios programas de transformación económica orientados a sacar a sus economías de la espiral infernal del subdesarrollo.

Los pilares de esos programas se basan en la industrialización recurriendo a los activos naturales, como la agricultura y los minerales. Siguiendo el

ejemplo de Ghana, Costa de Marfil, la República de Congo y Tanzania, los planes de desarrollo nacionales se proponen ahora promover sectores industriales y agrícolas que añadan valor a las materias primas.

Los recursos naturales de África: objeto de todos los deseos

Las materias primas son la base misma del desarrollo de nuestra sociedad: constituyen los fundamentos de nuestro consumo alimentario, industrial y energético y, por lo tanto, resultan indispensables y estratégicas para la supervivencia de nuestro modo de vida.

Ello explica por qué han estado siempre en el corazón de la maquinaria política y en el centro de las relaciones internacionales, ya sea como instrumento de control o de dominación.

Por lo tanto, no es difícil comprender por qué África es tan objeto de tantos deseos. Como ya se ha mencionado, posee una gran parte de las reservas de los tres principales tipos de materias primas: las tierras fértiles necesarias para la agricultura, los minerales y las energías indispensables para el desarrollo industrial del mundo. Las riquezas de su subsuelo revisten, pues, importancia estratégica para que el continente se desarrolle, prospere e incluso se proteja ante una eventual penuria.

La abundancia de sus tierras fértiles y subexplotadas no escapa a la codicia de los grandes grupos industriales o incluso de algunos países extranjeros. En los últimos años, ha adquirido magnitud un preocupante fenómeno de acaparamiento de tierras, en detrimento a menudo de la agricultura familiar; y ello hace temer riesgos de injusticia, conflicto y violencia en relación con las comunidades campesinas y, en última instancia, a riesgos políticos como consecuencia de la resultante desestabilización del tejido social.

A causa sobre todo de sus riquezas minerales, África ha sido expoliada durante mucho tiempo. Terreno de juego de las potencias coloniales hasta mediados del siglo XX, África se encuentra ahora más que nunca en el corazón de acerbas batallas de control e influencia entre potencias tradicionales que ven reducirse sus influencias y países emergentes que ambicionan un acercamiento. Esa guerra de estrategia representa un enorme desafío en las relaciones entre África y las potencias internacionales.

Sin embargo, las maniobras de influencia son hoy mucho más complejas que en el pasado. Se basan



ahora en un número creciente de agentes, no todos muy transparentes ni escrupulosos, algunos de los cuales tienen incluso relaciones muy estrechas con estados.

Dichos agentes son polifacéticos y no todos comparten la misma visión del mundo: son empresas privadas y/o públicas; gobiernos; fondos de inversión; organizaciones no gubernamentales, financiadas algunas de ellas por agentes con intereses propios; e instituciones financieras multilaterales, que han defendido durante mucho tiempo un dogma liberal basado en el modelo occidental.

Los recursos mineros en el centro de los desafíos económicos, geoestratégicos y simbólicos

El fundamento de la dimensión estratégica de los recursos mineros se deriva de dos elementos clave. En primer lugar, la naturaleza de los recursos los convierte en un parámetro decisivo en las estrategias de influencia. Algunos países, por ejemplo, tienen hoy un monopolio casi absoluto sobre la producción de los llamados metales críticos, indispensables para la industria de alta tecnología.

A menos que en un futuro próximo se encuentren sustitutos disponibles en abundancia, esa dependencia no hará más que aumentar como consecuencia de los desafíos planteado por el cambio climático y el creciente desarrollo de las tecnologías llamadas *verdes*.

En segundo lugar, la estructura y el funcionamiento de los mercados de las materias primas son determinantes en la estrategia de los estados productores y consumidores. Una gran parte de los intercambios de materias primas se negocia en los mercados financieros, sujetos a la especulación y, por lo tanto, a la volatilidad de los precios.

Esos mecanismos suelen escapar al control de los países productores, a menudo débiles políticamente y que intentan protegerse jugando con la oferta. Los países consumidores, por su parte, utilizan sus influencias, a menudo muy fuertes, para evitar la escasez. A menudo el resultado es la pelea de una olla de barro contra olla de hierro.

En tanto que principal productor de diversos recursos mineros, el continente africano se encuentra en el centro de esos desafíos. En el plano económico, lejos de ser sólo un continente que recibe ayuda al desarrollo, África se encuentra hoy en rápido crecimiento y representa ya un importante mercado

potencial de consumo y una tierra de inversiones. Ofrece oportunidades de negocio y cuenta con resarcirse recuperando el retraso en su desarrollo.

Al mismo tiempo, tiene ambiciones de desarrollo que pasan por un mejor uso de sus propios recursos naturales. Semejantes planes son con frecuencia motivo de preocupación, ya que podrían amenazar la seguridad del suministro de los países que dependen de ellos.

Está claro que las asociaciones con África tienen como telón de fondo el objetivo de controlar las fuentes de suministro de las materias primas. Es el caso de ciertos minerales (sobre todo, los considerados críticos, como el cobalto) utilizados en la fabricación de nuestros equipos telefónicos e informáticos y en relación con los cuales la República Democrática de Congo satisface ella sola más de la mitad de las necesidades mundiales. También la seguridad energética se encuentra, más que nunca, en el corazón de los desafíos geopolíticos de nuestro siglo.

Desde un punto de vista geoestratégico, las nuevas potencias emergentes como son China e India multiplican las alianzas estratégicas para consolidar su influencia política y militar y esperan acabar reequilibrando el juego geopolítico mundial.

Por último, desde un punto de vista simbólico, el hecho de conseguir posicionarse para competir con las potencias occidentales, e incluso dominarlas, da más peso a las potencias emergentes en la escena internacional.

Cuestiones políticas: entre el aumento de los estados productores y la mayor dependencia de los países consumidores

Algunos países africanos lo han comprendido bien: la condición de productores de materias primas críticas les confiere un poder nada despreciable para redefinir las reglas del juego; en particular, haciendo valer con más energía su soberanía sobre los recursos.

Además de mantener el control sobre los ingresos, algunos han optado por aumentar las participaciones en las concesiones otorgadas a los inversores privados. Es, en especial, el caso de Angola, Argelia y Guinea Conakri. De todos modos, sus debilidades siguen radicando en la falta de capacidad para controlar los canales y las cadenas de valor posteriores.



En efecto, las materias primas sólo tienen un valor estratégico cuando se transforman en bienes de consumo. Ahora bien, quienes controlan de verdad el poder hoy son quienes controlan los canales industriales, y no están en África. De modo que los países africanos esperan cambiar la situación afirmándose con objeto de influir en las negociaciones.

África sigue siendo una zona fundamental en el juego de poder mundial de los países consumidores. Sin embargo, las estrategias varían. Los países occidentales, menos intervencionistas en apariencia, utilizan el arma del comercio internacional y las inversiones extranjeras directas para acceder a la satisfacción de sus necesidades y protegerlas.

Obviamente, utilizan una diplomacia discreta llevada a cabo entre bastidores para garantizar un buen desarrollo de los contratos.

En cambio, la influencia de los estados es más pronunciada en países consumidores como China, India o Corea del Sur, donde los gobiernos no dudan en intervenir directamente, sea a través de la financiación de proyectos de desarrollo condicionados o vinculados al suministro de materias primas o bien invirtiendo directamente en unidades de producción. La creciente dependencia de ciertos minerales les está llevando a redoblar astucias y esfuerzos para mantener buenas relaciones con África.

China y África: ¿qué relación?

La aparición de China en África sorprende por su ubicuidad: no hay país (rico o pobre en recursos) que no haya reforzado su relación económica con China. En efecto, desde inicios del siglo XXI, se han disparado las inversiones y los flujos comerciales chinos con África.

El método chino consiste en utilizar su diplomacia como catalizador para abrir puertas a sus empresas privadas, asociando a ellas ayudas públicas y préstamos para proyectos de infraestructura cuya ejecución se confía a menudo a sus empresas públicas.

Además, ¿acaso no ha sido señalada China por sus acuerdos en especie, con el telón de fondo de un objetivo claro: obtener todo tipo de las materias primas? En los últimos años, a cambio de financiación para infraestructuras, varios países africanos han aceptado pagar sus deudas con barriles de petróleo o minerales estratégicos, algunos de los cuales son necesarios para la industria de las energías renovables.

Dos elementos deben tenerse en cuenta. En primer lugar, no cabe ninguna duda de que esa estrategia se inscribe en la iniciativa global de la nueva ruta de la seda, cuyo objetivo es aumentar la participación china en la construcción de una enorme red de infraestructuras terrestres, marítimas, energéticas y de comunicaciones que faciliten la conectividad y aseguren el acceso a los mercados a través del control de dichas redes de infraestructuras.

África es el continente con mayor déficit de infraestructuras, pero dado que presenta un mercado potencial extraordinario para los productos chinos, el acento concedido a las infraestructuras resulta de lo más lógico.

En segundo lugar, las empresas chinas se enfrentan a un mercado interior muy competitivo a pesar de la demanda interna creciente. África, con su debilidad estructural, sobre todo en materia de desarrollo industrial, y con un mercado potencial creciente, representa una gran ventaja para las empresas chinas que buscan nuevas oportunidades.

La agencia Moody's estima en cerca de 2.500 las empresas chinas instaladas en África y en 114.000 millones de dólares los intercambios realizados en el 2016. Entre esas empresas, unas cuantas están situadas en zonas económicas especiales, creadas para ofrecer condiciones favorables a las empresas chinas.

Esa asociación entre China y los países africanos no siempre se percibe de forma positiva: provoca celos tanto en el continente como entre los socios tradicionales, que la ven ante todo como una amenaza para sus propios intereses.

En realidad, los métodos chinos no son tan diferentes de los de sus predecesores occidentales: susurros al oído de los jefes de Estado; ayudas supuestamente gratuitas pero no carentes de intereses estratégicos; ceguera voluntaria ante el comportamiento poco ético de algunas empresas en los negocios africanos.

Por lo tanto, corresponde a los países africanos establecer sus propias reglas de juego. Para que esas nuevas asociaciones saquen el máximo provecho de ellas y para que puedan acabar beneficiando a los pueblos, las transacciones deben negociarse necesariamente bajo la mirada de instituciones y marcos regulatorios sólidos y transparentes. En diplomacia, y en especial cuando hay en juego cuestiones importantes, no hay amigos, sólo hay intereses.



¿Puede África afirmarse en la escena geopolítica?

El primer desafío para los países ricos en materias primas consiste en distribuir mejor los ingresos en beneficio de sus poblaciones de manera que puedan conseguir por fin los medios para controlar la trayectoria económica y deshacerse del flagelo de la pobreza.

Ya no es aceptable que unos países que generan miles de millones de dólares en ingresos y poseen una renta per cápita cercana a la de los países industrializados tengan al mismo tiempo a más de un 90% de su población viviendo por debajo del umbral de la pobreza. La redistribución no sólo es necesaria por razones de equidad, sino que también constituye un importante desafío político.

En efecto, las sociedades más equitativas serán más estables y, por lo tanto, menos susceptibles a la influencia de agentes externos. En la actualidad, la ayuda al desarrollo se utiliza a menudo como caballo de Troya para mantener el control sobre decisiones políticas.

En segundo lugar, es necesario romper con la dependencia de las exportaciones de producción brutas. Ningún país del mundo ha tenido éxito en su desarrollo sin una base económica diversificada. Además, el punto débil de África es que no controla los canales industriales a los que suministra materias primas. En el sector de la alimentación, por ejemplo, eso es más que una necesidad.

La diferencia entre los precios obtenidos por los pequeños productores y los beneficios cosechados por las multinacionales implantadas en el terreno y que a menudo ni siquiera pagan sus impuestos es escandalosa. Mientras no refuercen sus estructuras industriales, los países productores de materias primas seguirán dependiendo de esas influencias estratégicas.

Por último, África sólo se hará un lugar en el mundo si logra organizarse. La unión hace la fuerza y la cooperación intrafricana debe ir más allá de las cuestiones comerciales. En la escena internacional, los países africanos no tienen más elección que mantenerse unidos en cuestiones estratégicas.

Por ejemplo, las normas de funcionamiento del negocio de las materias primas, cuyos precios se deciden lejos de los países productores. Por lo tanto, es necesario organizarse con el objetivo de estructurar y dominar las reglas del juego.

Dados los desafíos futuros, que estarán impulsados por las revoluciones tecnológicas y las energías renovables, el papel de África en el suministro de materias primas está lejos de difuminarse. Al contrario, su importancia estratégica aumentará. Por ello, resulta esencial repensar las alianzas intrafricanas para poder influir en el debate geoestratégico.

